

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD: UNA TAREA APREMIANTE

EDUCATION WILL: A PRESSING TASK

Peñacoba – Arribas Alejandra¹ y Santa Cruz - Vera Dalia Jaqueline²

Departamento de Humanidades. Universidad Católica de Colombia. Bogotá. Colombia.

apenacoba@ucatolica.edu.co

Resumen

Preguntarse por la persona como sujeto susceptible de educación, es necesario en el mundo de hoy. En efecto, es preciso examinar, primero, si es posible hacer algo desde la educación para conseguir que el hombre se llene de entusiasmo en el arduo trabajo de realizarse a sí mismo y a la sociedad, y, segundo, cómo se puede llevar a cabo esa tarea. Por eso, este artículo aborda en un primer momento la importancia y urgencia de la educación de la voluntad en los jóvenes, señalando aquellos factores que pueden dificultar su perfeccionamiento. En un segundo momento, se proponen algunas premisas pedagógicas que enmarcan esa educación. Esta se presenta como promotora de la libertad y de la plenitud del hombre. Esto nos obliga a cuestionarnos por el tipo de hombre al que queremos contribuir, y, en definitiva, por cómo queremos que sea la humanidad del mañana. La tarea educativa se muestra como medio de impulsar y corregir para lograr que el educando asuma a su vez la tarea de impulsarse y corregirse hasta llegar a ese crecimiento personal. De este modo, después de señalar las limitaciones con las que el educador se encuentra de hecho en ese proceso, se proponen algunas indicaciones para trabajar en la práctica en la educación de la voluntad del ser humano, ayudándole así a ser una persona que sabe lo que quiere y tiene la capacidad de dirigirse a su fin.

Palabras clave: perfeccionamiento personal, libertad, educación, voluntad, virtudes.

Abstract

Nowadays it is necessary to wonder about person as a subject susceptible of education. Indeed, first it is necessary to examine whether if it is possible from education to do something to achieve filling man with enthusiasm in the hard work consisting on building himself and society and, secondly, consider how this task can be performed. Therefore, this article discusses firstly the importance and urgency of education of the will on young people, noting the factors that may hinder its development. In a second moment, some pedagogical premises that frame this education are proposed. Education of will is shown as a promoter of freedom and fullness of man. This forces us to question about the kind of man we want to contribute to, and ultimately, about how we want humanity in a future. The educational task is shown as a means to encourage and correct, so that pupil can assume in turn, the task of impelling and correct himself up to coming to his personal growth. Thus, after indicating the limitations which educator actually meets in this process, some guidelines are proposed in order to work practically on education of human will, helping him to be a person who knows what he wants and has the ability to direct himself towards his goal.

Keywords: Personal development, freedom, education, will, virtues.

¹Alejandra Peñacoba Arribas. Licenciada en Filosofía y Ciencias de la Educación por la UNED (España). Doctora en Educación por la Universidad Complutense de Madrid. Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia.

²Dalia Santa Cruz Vera. Bióloga de la Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo, Lambayeque-Perú. Master en Bioética por la Universidad Católica del Sagrado Corazón en Roma. Master en Ciencias del Matrimonio y la Familia del Pontificio Instituto Juan Pablo II, Universidad lateranense – Roma. Jefe del área de Ética y Bioética, Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia.

Introducción

La educación de la voluntad es un tema que ha sido marginado en la pedagogía actual. Al parecer, las dinámicas educativas están hoy más preocupadas en desarrollar ciertos aprendizajes y actitudes para competir en el actual ambiente socio cultural, y olvidan, con frecuencia, el crecimiento humano personal del educando, el que sólo es posible adquirir con el desarrollo adecuado de los hábitos de la inteligencia y de la voluntad, los que le conducirán a pensar bien y a querer con eficacia (Barrio Maestre, 2007).

Así, Barrio Maestre (2007), retomando a Tomás de Aquino, señala que el fin de la educación es ayudar al crecimiento humano, y este crecimiento se da, no por el “tener más” sino por el “ser más”, es decir, por la adquisición de aquellos hábitos que contribuyen al engrandecimiento de la persona como tal. Educar, sobre todo, es habilitar la libertad de cada persona para que sea sensible a la llamada de lo valioso, de lo que le ayuda a crecer como persona. He ahí la tarea de la educación por antonomasia. Es hacia esa meta hacia donde deberían dirigirse entonces los esfuerzos pedagógicos y educativos actuales.

Autores como García Hoz (1987), Polaino-Lorente (1988), Jiménez Abad (1994), Morales Pérez (2008) entre otros, afirman que la educación de la voluntad es un elemento primordial e irrenunciable en la educación de la juventud, siendo de vital importancia en la estructuración de la personalidad, y que de ello depende, en gran medida, la mejora de la familia y la sociedad. En esta misma línea y, con el respaldo que le brinda, tanto la experiencia docente universitaria, como el ejercicio de la psiquiatría, Enrique Rojas (2010) escribirá:

Una persona vulnerable, que no tiene educada su voluntad, se viene abajo ante las dificultades y hace sólo aquello que le resulta fácil o le gusta. No está capacitado para imponerse a sí

mismo... Al no estar educado en la voluntad se convierte en muñeco de las circunstancias, traído, llevado y tiranizado por lo que el cuerpo le pide en cada instante... por ese derrotero llegamos al fiel retrato de una personalidad débil: persona caprichosa, apática, incapaz de ponerse metas y objetivos concretos. (p. 49- 50).

Con base en esas consideraciones, este artículo aborda la importancia y urgencia de la educación de la voluntad en los jóvenes, señalando aquellos factores que pueden dificultar su perfeccionamiento, y proponiendo algunas indicaciones para trabajar en la práctica en la educación de la voluntad del ser humano.

La educación de la voluntad en los jóvenes: tarea apremiante

La voluntad es la facultad de obrar persiguiendo un fin consciente y reflexivo. Por tanto, responde a propósitos razonables, y en esto se distingue de la terquedad o del capricho, los cuales responden a motivos a menudo instintivos, a impulsos viscerales (Peñacoba, 2014). En este sentido, todo lo que la voluntad humana tiene de excelsa lo tiene también de difícil. No se nace con una voluntad fuerte y desarrollada; hay que conquistarla con la ayuda de la educación.

Entre los factores influyentes en el declive que ha tenido, en las últimas décadas, la educación de la voluntad, puede señalarse, con Aquilino Polaino – Lorente, al permisivismo pedagógico dentro del ámbito educativo. Para el autor, esto se debe en parte a una comprensión inadecuada de lo que es la voluntad en cuanto facultad humana espiritual. De ahí que muchas veces el énfasis dentro de las propuestas pedagógicas actuales se ponga en la “motivación” externa del estudiante por parte del educador y se desprecie o arrincone el necesario esfuerzo que debe realizar el educando dentro del proceso de aprendizaje.

Autores como Vargas y González-Torres (2009), en su investigación sobre el Movimiento de la revitalización del carácter en Estados Unidos, señalan que en la educación actual se conjuga el miedo a exigir con el fomento de una malentendida autoestima, conduciendo a prácticas muchas veces desenfocadas. Este “permisivismo” hace presencia en la familia y en la sociedad en general. Así, Jara (2009), señala, por ejemplo, que muchos padres no desean “frustrar” a sus hijos proponiéndoles principios y obligaciones que supongan frenar los impulsos del educando. En concreto, se va imponiendo la ley del mínimo esfuerzo, también dentro de la familia, lo que puede evidenciarse por ejemplo en la falta de responsabilidad y de colaboración en las tareas comunes del hogar, el no saber organizar el tiempo personal, el desorden, etc.

Con García Hoz (1987), podemos afirmar que signos manifiestos de una voluntad debilitada o de la carencia en la formación para el esfuerzo son, entre otros, una cierta tendencia a la mediocridad en el trabajo realizado—dentro o fuera de casa—, el mal gusto y la falta de esfuerzo para terminar bien lo iniciado, la chabacanería en las tareas encomendadas, etc.

En esta misma línea, Tomás Morales (1985), nos habla de la “atonía de la voluntad” presente en las generaciones actuales. Esta se configura como “una enfermedad de la voluntad que procede del miedo a comprometerse, del horror ante el esfuerzo. Nos cansamos de todo lo que emprendemos—escribe Morales—. Nos cuesta decidarnos a hacer algo” (p. 61).

Frente a ese “facilismo” de la cultura ambiente que rodea al joven de hoy, las instituciones educativas tienen la obligación de ayudar al educando a decidirse por lo bueno y valioso, aunque eso conlleve un gran esfuerzo. Por el contrario -y ahí radicaría el mal del permisivismo educativo, tanto si se da en la escuela como en la familia-, si todo

se le permite al niño o al joven adolescente, es porque no hay valores quizá que proponer o porque nada se considera como valor o disvalor.

De ahí que el permisivismo en la educación implante una cierta tiranía de la ignorancia que se presenta bajo el velo de “tolerancia”. Se le permite todo al hombre puesto que nada es bueno o malo sino indiferente; ahora bien, lo indiferente—escribe Polaino-Lorente (1988)—difícilmente podrá motivar la voluntad.

No es de extrañar entonces que el permisivismo pueda terminar en un hastío y aburrimiento por la vida, en un cansancio vital -tan notorio en muchos adolescentes y jóvenes-, en el aumento de los intentos de suicidio, de las autolesiones, de la violencia y adicciones, precisamente allí donde todo es permitido, donde no se encuentran padres y educadores que marquen con claridad límites a las acciones, un freno a la voluntad no inteligente.

Otro de los factores asociados al olvido de la educación de la voluntad en la escuela y en la familia, es la instalación del emotivismo en la sociedad actual (Sellés, 2009). Este consiste en una valoración hipertrofiada del sentimiento, en detrimento muchas veces de la formación de la inteligencia y de la voluntad.

La juventud actual está inmersa en esta cultura de la emoción y del instante, cuyas consecuencias negativas en orden al desarrollo personal son notorias. “La opción por el instante, o mejor por el placer de cada instante, frustra y reprime en el hombre su capacidad de compromiso. La cultura del instante no es compatible con la cultura del compromiso” propia de la voluntad (Polaino-Lorente, s.f., p. 174).

De las reflexiones apuntadas podemos colegir entonces que una voluntad débil deviene en el hombre en incapacidad para asumir con madurez ciertas áreas de la vida personal, así como en la dificultad para

prometer y mantener sus compromisos en el tiempo; se manifiesta también en una cierta debilidad de carácter para afrontar las dificultades de la cotidianidad, para la que hace falta, muchas veces, reserva de energía moral o fortaleza. Hasta aquí, algunos de los factores que dificultan la forja de la voluntad en el joven.

Premisas pedagógicas a tener en cuenta

Esta tarea de contribuir al fortalecimiento de la voluntad a la que nos estamos refiriendo requiere el apoyo en unas premisas pedagógicas que la enmarcan. Algunas son las que siguen:

- La educación se fundamenta en un sentido adecuado de la vida y su desenvolvimiento, una manera de entender al ser humano y su mundo, que incluye, lógicamente, su perfeccionamiento. En la formación de la voluntad esto se realiza recurriendo a la dignidad y la excelencia de la persona humana, y a su origen y meta trascendentes, los cuales dan sentido a la constancia de la voluntad en momentos de decaimiento.

- Es importante la presencia eficaz y también afectiva del educador, siendo este un modelo y orientador alentador, es requisito importante en la formación de la voluntad. Por eso, el educador intentará ganarse la confianza, combinando firmeza con flexibilidad.

- Conviene evitar la superprotección. Esta puede impedir que el educando disponga de ocasiones para superar las dificultades las inevitablemente se presentarán. Si el educador consiente todos sus deseos, en lugar de ayudarlo en su proceso de crecimiento, le deja indefenso ante sus propios caprichos. Podemos afirmar que incapacita para superarse a sí mismo y tomar decisiones responsables.

- El esfuerzo inicial es importante para conseguir una voluntad firme, pero es igualmente necesario que se mantenga dicho

esfuerzo después, superando las resistencias. En efecto, esto es lo que convierte la acción en hábito, haciendo así fuerte a la voluntad. La formación de la voluntad reclama, entonces, un largo ejercicio de motivación y esfuerzo constantes.

- Es conveniente la consolidación de ámbitos educativos que potencien el arraigo de actitudes, hábitos y valores morales. Es preciso tener en cuenta un clima educativo alegre, de correcciones positivas, de fomento de la virtud que sea un posible remedio de posibles defectos de carácter, de estímulo al progreso constante y de aprecio por la obra bien hecha.

Esta labor del educador se realiza a través de su docencia, pero también por medio de la comunicación personal que coordina y media dentro del grupo. Así, aparece la intervención del mismo abierta a situaciones de consejo, ayuda y guía en las que este se constituye como referencia importante y como propiciador de criterios adecuados y experiencias educativas, a la vez que integra todas las que se van viviendo.

Limitaciones

Sin embargo, en la acción educativa, el educador se encuentra con unas limitaciones. Algunas de ellas son:

- *La libertad del educando*: En efecto, es él quien posee el protagonismo de su propia formación, y no debe ser sustituido si puede valerse por sí mismo. En definitiva, se debe evitar toda forma de paternalismo. Por el contrario, es conveniente que el educador promueva la responsabilidad del alumno, a la vez que ponga en práctica el respeto a su intimidad, junto con la gradualidad en la ayuda que se le ofrece.

- *Las limitaciones personales del educando*: Las falencias que presente el que se educa requieren el desempeño de una gran paciencia, a la vez que demandan una ejemplaridad que invite a la mejora personal. Junto con ello, el educador debe manifestar

un gran equilibrio entre flexibilidad y firmeza. De manera especial, debe comunicar confianza al educando, mostrándole que si se esfuerza pueden mejorar los resultados. Del mismo modo, es importante que se indique el valor de la cooperación mutua para avanzar en el aprendizaje, así como que cualquier logro que se consiga es importante.

- Dificultades que se manifiestan en el entorno: Entre estas dificultades se encuentran, por un lado, las que genera un ambiente disolvente que con frecuencia es, a la vez, manipulante. Estos problemas a veces provienen de los medios de comunicación, y traen consigo consumismo y conflicto de valores, junto con la dificultad en la asimilación de los juicios, mensajes y noticias. Ante esto, el educador debe proceder con sentido crítico y a la vez suscitarlo en los educandos. Del mismo modo, conviene que fomente la reflexión, junto con la rectitud moral.

- Por otro lado, aquellas dificultades que se originan por la falta de coordinación entre los educadores. En efecto, debe darse coherencia y coordinación en la relación entre el centro educativo y la familia. Y esto aún en medio de la posible y enriquecedora diversidad. Ambos elementos deben ir juntos, pues esta última no excluye el apoyo mutuo ni la presencia de una visión compartida de valores, objetivos y de trabajo. Se trata de sumar energías para llevar a cabo eficazmente la tarea educadora. Y para ello conviene compartir modelos educativos y criterios morales.

- *Limitaciones personales del educador*: Se citan a continuación algunas que interfieren en la tarea educativa:

- * El uso y distribución del tiempo disponible. Es conveniente una programación realista que incluya en sus actividades los momentos para pensar en cada alumno y en la labor que se está llevando a cabo.

- * Las propias condiciones personales. El educador ha de ganar la confianza del

educando a través del prestigio de la virtud que le lleve a hacerse querer, a la vez que haga agradable la relación educativa. En efecto, ejemplaridad y coherencia en el educador serán elementos clave para poder invitar a la autosuperación a los educandos. Reconocer y aceptar las propias limitaciones, esforzándose por superarlas, harán al educador capaz de esperar e impulsar en los alumnos mejoras personales, haciendo así eficaz la acción educadora.

- * Desaliento. Como en cualquier otra tarea humana, la aparente falta, quizá, de resultados palpables, junto con la posible falta de reconocimiento por la labor realizada, pueden generar en el educador el desaliento. Entonces es cuando se valora el apoyo de los compañeros que participan también de las experiencias de alegría o de sinsabor. Y cuando se comprueba que se debe trabajar sin esperar nada a cambio, dejando que el fruto quizá sean otros los que lo recojan.

Algunos aspectos a tener en cuenta en la formación de la voluntad

La voluntad, en cuanto apetito intelectual, es incapaz de querer algo que no conozca previamente. Es el conocimiento del fin lo que asegura la voluntariedad del acto. Se dirige hacia algo en cuanto lo reconoce como bueno, de modo que ella actúa como motor -mueve, apetece-, pero este movimiento lo realiza conforme a lo racional. Este querer transido de inteligencia, “intelectualizado” se constituye en motivo para la acción: lo que mueve a actuar. El querer en que consiste la voluntad es siempre, además de un querer intelectualizado, un querer motivado. Vale aclarar entonces qué es lo que puede motivar auténticamente una acción.

Polaino-Lorente (1988), en su trabajo sobre las dimensiones de la voluntad, diferencia “motivaciones” de “móviles” –entendidos estos últimos como intereses, incentivos o gratificaciones-. Las primeras hacen referencia a los valores reconocidos como tales por el intelecto. Los móviles

también mueven a la acción pero más que una valoración intelectual, la apelación se dirige hacia aquellas áreas más periféricas y sensibles de la persona: sus tendencias o ciertos tipos de intereses. Es decir que, mientras las motivaciones se corresponden con la voluntad, los móviles se refieren a los afectos o deseos. Este doble aspecto, cognitivo y motivacional, debe ser tenido en cuenta en toda propuesta que pretenda educar la voluntad del joven.

Por otro lado, “Toda educación de la voluntad requiere una lucha ascética para que el sujeto aprenda a conducirse con éxito, a ser auriga de sus tendencias y pasiones” (Peñacoba, 2014, p. 392). La voluntad requiere un aprendizaje progresivo a través de un proceso en que se repiten unos actos determinados en los que la persona se vence, lucha, y vuelve a empezar si falla en su intento. Por tanto, para poder educar la voluntad es preciso comenzar por vencerse. Del mismo modo, la educación de la voluntad tiene como requerimiento imprescindible que se tengan exigencias concretas para robustecer la conducta y así disponerse a una superación personal.

De este modo, la consecución de una voluntad que podamos llamar fuerte, trae consigo un proceso de liberación. Éste consiste en apartar obstáculos, allanar el camino para conseguir ser dueño de sí mismo.

Por eso Morales (1999), plantea que: “La mayor desgracia de un joven, más que la falta de salud o de memoria, es una voluntad débil. Su mayor fortuna, más que un gran talento, es una voluntad firme y tenaz” (p. 174).

Algunas pistas para que el educador emprenda el camino

Peñacoba (2014), propone las siguientes recomendaciones a los docentes:

1. Hacerse amigo de los educandos, acompañándoles en su esfuerzo. Esto se

conseguirá buscando ganarse la confianza. Debe ser amigo paciente y a la vez exigente, aceptando al educando independientemente de los resultados obtenidos.

2. Mantener un alto nivel de aspiraciones alto, procediendo con tacto y audacia a la vez. Es lanzar a los alumnos hacia metas que entrañan cierta dificultad. Para ello, el educador deberá conocer muy bien al educando, de manera que tenga serenidad y paciencia para esperar el momento adecuado. Y así, oportunamente, saber proponer una tarea, corregir, dosificar la exigencia del esfuerzo, y ser también comprensivo con los fallos que pueden sobrevenir en cualquier momento. Por encima de todo, cada educando debe saberse aceptado. Solo así se formará una imagen positiva de sus posibilidades reales y luchará por demostrarlas. Convendrá no olvidar la eficacia de un elogio oportuno ante el menor indicio de mejora. Es necesario para esto cultivar una actitud observadora que se dé cuenta de lo que de bueno hay en el educando para alentarle reconociéndolo. Ayudará proponerles ejercicios de actos de voluntad, con la mayor frecuencia posible.

3. Es necesario inculcar ideales que guíen y estimulen el esfuerzo de los alumnos. Le ayudará al educador tener en cuenta que el ideal orienta y da sentido y fuerza a la acción. Por ello, ante los posibles obstáculos que pueden surgir en la tarea educativa, es conveniente recordar el sentido de lo que se está haciendo, dando razones y fundamentando los motivos que empujan a la acción. Ayudarán, quizá, algunos modelos concretos que se pueden tomar de la historia y de la vida cotidiana. Con todo, es importante tener en cuenta que los ideales deben a la acción desde dentro, independientemente de que algunas acciones puedan ser estimuladas externamente. En efecto, sin ellos como motor, aunque se conocieran ejemplos muy estimulantes, no se conseguiría mucho. El interés por alguien o algo, el anhelo de realizar un ideal o la satisfacción por haber logrado una meta propuesta, son lo

que mantiene a la voluntad para luchar sin desmayar ante las dificultades.

4. Conviene inculcar en los educandos el conocimiento de sí mismo y la responsabilidad personal. Para lo primero, es conveniente ayudar a cada uno a conocer sus puntos débiles y fuertes para que se supere a partir de su propia realidad. Y ello desde una óptica positiva haciéndole comprender que cualquier mejora depende casi siempre del esfuerzo y que no cansarse nunca de intentar algo hace llegar a la meta propuesta. Para lo segundo, es positivo promover actividades en las que los educandos se esmeren en actividades que sean a la vez atractivas y bien organizadas. El educador les hará ver que es importante la obra bien hecha, ya que el bien que uno no hace queda sin hacerse. Del mismo modo, mostrará que es preciso conquistarse con hechos la confianza de los otros, obteniendo así una verdadera alegría.

5. Fomentar el cultivo de hábitos positivos. Educar a una persona en la mejora de sí misma conlleva el fomento de hábitos positivos. Esto constituye algo esencial en la formación de la voluntad. Algunas pistas para que el educador lo consiga son:

- Proceder paso a paso.
- Dar responsabilidades concretas al educando.
- Valorar los logros que se obtengan.
- Insistir en la terminación esmerada y el cuidado de los detalles.
- Fomentar la práctica del “volver a empezar”. Lo importante es “no cansarse nunca de estar empezando siempre” (Morales, 1999, p. 47).
- Tener objetivos precisos, claros y estables. Perseguirlos con constancia.
- Ser realistas y no proponerse objetivos inalcanzables. Es preciso fomentar la reflexión después de una acción de modo que se vayan adquiriendo criterios personales de actuación tanto en función del bien moral

como de la eficacia. “La mayoría de la gente ni sabe lo que quiere, ni quiere lo que sabe. No lo sabe porque no piensa. No lo quiere porque no tiene voluntad” (Morales, 1999, p. 143).

- Animar al educando a no rehuir las dificultades. Son recomendables pequeños ejercicios cotidianos de autoexigencia.
- Tener en cuenta que la amistad ayuda e influye poderosamente tanto en sentido negativo como positivo.
- Se debe comenzar por una virtud para la que el alumno esté mejor dispuesto; de este modo se influirá en otras.
- Cultivar un ambiente que ayude al crecimiento del alumno en estos aspectos. Esto será un medio inmejorable de cultivar la fuerza de voluntad.

6. La corrección deberá ser utilizada en ocasiones, porque no es suficiente, después de un fallo, hacer el firme propósito de no volver a caer. De esta forma no se educa la voluntad sino simplemente el entendimiento. La corrección a que se hace referencia ha de apuntar a la raíz del fallo, buscando sobre todo la asimilación personal; eso sí, teniendo siempre en cuenta las posibilidades reales del alumno. En este aspecto, se ha de considerar que, siempre, cultivar una virtud es la mejor forma de corregir el defecto contrario.

7. Es conveniente orientar al alumno en procedimientos adecuados para tomar decisiones y realizarlas. Algunas pueden ser:

- Reflexionar acerca de lo que se quiere y porqué se quiere.
- Pensar en un plan para realizarlo.
- Tomar la decisión firme de llevarlo a la práctica.
- Animarse a sí mismo diciéndose: “si yo no lo hago, quedará sin hacer”.
- Ejecutar lo propuesto cuidando los detalles y con alegría y optimismo. Y si se

produce el a veces inevitable fracaso, no cansarse de volver a empezar.

A modo de conclusión

Como hemos ido viendo, la voluntad tiene mucho que ver con el orden, la constancia, la reflexión, la tenacidad, la disciplina, el volver a empezar sin cansarse. Y como estos elementos son tarea de lucha ascética de toda la vida, la educación de la voluntad no termina nunca. Las metas siempre pueden ser más altas, siempre podemos avanzar un poco más. Por eso, “el educador debe animar al educando a liberarse de la manipulación del ambiente que tiende a apagar los ideales, achicar las metas...” (Jiménez Abad, 1994, p. 124). El trabajo es arduo y difícil, pero la meta es ilusionante: ayudar a los jóvenes a ser artífices de su propia vida, ayudarles a crecer en libertad y alegría. Alegría que será la corona de una vida lograda.

Referencias:

- Barrio J. Cómo formar la segunda naturaleza. Notas antropológicas acerca de la educación de los hábitos. ESE. Estudios sobre Educación. 2007, 13: 7-23.
- García V. La formación del universitario en la obra bien hecha. Cuadernos de pensamiento. 1987, 2: 59 – 66. Disponible en: http://www.fuesp.com/pdfs_revistas/cp/2/cp-2.pdf
- Jara A. (2009). Elaboración de una propuesta para la Educación de la Voluntad de las jóvenes estudiantes del 5º grado de Educación Secundaria de la I.E.N. Rosa Flores de Oliva, siguiendo los Principios Pedagógicos del P. Tomás Morales Pérez en el año 2008. Tesis de licenciatura en filosofía y religión. Chiclayo: Universidad Santo Toribio de Mogrovejo. 2009.
- Jiménez A. En: García V (Coord.). La orientación en la educación institucionalizada. La formación ética. Madrid: Rialp. 1994.
- Morales T. Hora de los laicos. Madrid: BAC. 1985.
- Morales T. Pensamientos. Burgos: Amábar. 1999.
- Morales T. Vida y Obra de Tomás Morales, SJ. Obras Pedagógicas, 2, Madrid: BAC. 2008.
- Peñacoba A. Educación de la libertad y plenitud personal en Millán – Puelles. Hacia el perfeccionamiento. Saarbrücken, Alemania: Publicia. 2014.
- Polaino-Lorente A. Dimensiones motivacionales y cognoscitivas de la educación de la voluntad. En: VV. AA. Dimensiones de la voluntad. Madrid: Dossat. 1988, p. 71-88.
- Polaino-Lorente A. La cultura del instante. Disponible en: <https://buenosarticulos.files.wordpress.com/2011/03/la-cultura-del-instante.pdf>
- Rojas E. La conquista de la voluntad. Cómo conseguir lo que te has propuesto. Madrid: Planeta. 2010.
- Sellés J. La enfermedad mortal del emotivismo. En: Jiménez L (dir.). La juventud a examen. Madrid: Fundación Universitaria Española. 2009, p. 167-194.
- Vargas L y González-Torres M. La revitalización de la Educación del Carácter en el ámbito psicoeducativo actual: Aportaciones desde las ciencias de la Prevención y la Psicología Positiva. Electronic journal of research in educational psychology. 2009, 7(19): 1379-1418.